

CAPITULO XXX.

De cómo Colon hizo amistad con don Alvaro.



OLON, que como refiere el prior de la Rábida, y saben mis lectores, habia nacido en Génova, de una familia en la que estaba vinculada, por decirlo así, la afición á la vida marítima, desde muy niño hizo algunas expediciones con su tío, el antiguo almirante genovés de su mismo nombre, y con su primo, á quien para distinguirle de su padre llamaban Colon el jóven.

Era este un corsario famoso, tan terrible para los berberiscos, que la tradicion cuenta que las mujeres de los infieles asustaban á sus hijos citando el nombre del corsario.

Nuestro héroe sintió desarrollarse en su alma desde muy niño la pasión por las aventuras, y le acompañó en muchas de sus expediciones.

Supo el corsario un dia que cuatro galeras venecianas volvan de Flandes con joyas y dinero, y fué á esperarlas en la costa de Portugal, entre Lisboa y el cabo de San Vicente.

No tardaron en llegar, y verse y trabar una desesperada lucha, todo fué uno.

Fuéronse al abordaje, y los marineros combatieron cuerpo á cuerpo.

La lucha duró todo el dia, batiéndose como leones unos y otros, y ocasionándose ambos contendientes grandes pérdidas.

Una de las galeras, más poderosa que las otras, llevaba á

bordo un jóven que, sobre poco más ó ménos, tendria la edad de Cristóbal Colon.

Era el hijo de una noble familia portuguesa, aficionado también á las expediciones marítimas, y que volvía á su patria.

Más valeroso que los mismos venecianos, con unos cuantos marineros de su galera saltó á la nave del corsario y comenzó á batirse denodadamente.

Pero no bien habia puesto el pié sobre ella cuando cayeron dos granadas, la incendiaron y transmitieron el fuego á la galera que él habia abordado, y en un instante no fueron las dos embarcaciones más que una inmensa columna de fuego.

Los marineros se arrojaron al mar.

Nuestro héroe hizo otro tanto.

Como estaba acostumbrado á nadar, á pesar de hallarse á bastante distancia de la orilla, se puso en marcha decidido á ganarla.

Al resplandor siniestro de las llamas vió cerca de sí un jóven cuyas fuerzas desfallecian.

—¡Salvadme, salvadme! gritaba el infeliz.

Una mirada sola bastó á Cristóbal para comprender la angustia de aquel hombre que pedia socorro, y sintió el deseo de auxiliarle.

Agarrándole fuertemente con su robusto brazo y duplicando las fuerzas del otro, pudo ganar la orilla, y despues de una lucha desesperada logró pisar tierra y salvar la vida de aquel infeliz.

—Somos enemigos, le dijo el jóven; pero nunca me olvidaré ni de vuestro valor, ni de vuestra caridad. Hemos pisado tierra de Portugal, que es mi patria. Si alguna vez venís aquí, enseñad esta sortija, añadió, dándole una que llevaba

en el dedo, buscad al hijo mayor del duque de Braganza, y hallareis en él un amigo, un hermano.

—No tardaré en aprovecharme de vuestra bondad, contestó Colon. ¡Dios sabe si han perecido mis parientes en el incendio ó en la pelea! De cualquier modo, no es Génova, sino Portugal, la patria que yo necesito para llevar á cabo mis proyectos.

—¿Sois marino?

—De todo corazón.

—¿Anhelais formar parte de las expediciones que salen continuamente de Lisboa para descubrir tierra?

—Es mi único deseo.

—Pues bien, buscadme; precisamente mi familia goza de gran influencia cerca de nuestro rey don Enrique, y no me faltará ocasion de pagaros el inmenso servicio que me habeis prestado.

Colon se reunió á algunos de los marineros genoveses que habian logrado salvarse, y el jóven portugués, con algunos de los de la tripulacion de las galeras venecianas, se internó en Portugal.

De aquel momento databa la amistad entre don Alvaro y Cristóbal Colon; amistad que habia nacido en el primero de la más profunda gratitud, y en el segundo de la más grande simpatía.

Aquel naciente afecto debia consolidarse más tarde.

Desesperado Cristóbal Colon con el porvenir que le esperaba en su patria, teniendo que vivir á la merced de un corsario, anheloso de emplear su inteligencia y su valor en empresas más nobles y más grandiosas que las que acometia su primo, y estimulado por la amistad que le habia ofrecido don Alvaro, se despidió de sus amigos y se dirigió á Lisboa.

En aquella época, Portugal se hallaba coronado por la glo-

ria que adquirian los descubrimientos que empezaban á hacer los aventureros marítimos nacidos en su seno.

Colon se halló en su centro.

Apénas sentó su planta en la orilla del caudaloso Tajo, no oyó hablar más que de empresas arriesgadas, de expediciones marítimas, de exploraciones allende los mares.

Todo aquel entusiasmo, toda aquella pasion por lo desconocido, era, segun se cuenta, efecto de una historia que corria de boca en boca por todo Portugal.

Contábase que un inglés llamado Machamm, huyendo de Francia con una mujer á quien amaba, fué lanzado por una tempestad á una distancia inmensa, y se encontró sin ver tierra, ni presumir hácia dónde podria dirigirse para encontrarla.

Despues de haber vagado algun tiempo por el mar, llegó á una isla desconocida, desierta, cubierta de magníficas selvas, y aquella isla recibió más tarde el nombre de isla de Madera.

No faltaba quien calificase de fábula esta historia, ni quien creyera que las islas Canarias, llamadas por los antiguos islas Afortunadas, por creer que en ellas habia estado el «Jardin de las Hespérides,» habian sido descubiertas ántes.

El gran impulso que habia tomado el espíritu de los descubrimientos, no fué hijo de la casualidad, sino del deseo que habia concebido un príncipe de gran talento despues de profundas meditaciones.

Enrique de Portugal, hijo de Juan I, acompañó de niño á su padre en una expedicion contra los moros, y en Ceuta despertaron su curiosidad las noticias que le dieron acerca de la costa de Guinea y otras regiones desconocidas hasta entónces por los europeos.

A su regreso á Portugal concibió la idea de que podrian hacerse grandes descubrimientos navegando á lo largo de las costas orientales de Africa.

Retirándose lejos del tumulto de la corte á un asilo campestre en medio de los Algarbes, próximo al cabo de San Vicente, y en presencia del Océano, reunió en torno suyo á los sabios más eminentes y se entregó al más profundo estudio de la ciencia de la navegacion.

Buen matemático, completó su ilustracion con todos los conocimientos de astronomía que poseian los árabes establecidos en España.

De sus investigaciones dedujo que el Africa era un continente que se extendia hácia el polo Sur y rodeaba el mar de las Indias, yendo á enlazarse con el Asia, más allá del Ganges.

Resolver esta cuestion y dar vuelta á el Africa era el objeto de su ambicion; y la idea de las grandes ventajas que podría reportar á su país esta empresa; le entusiasmaba.

Los Lombardos tenian desde hacia mucho tiempo el monopolio del comercio del Asia.

Habian fundado en Constantinopla y en el Mar Negro establecimientos en donde recibian los productos de las islas situadas cerca del Ecuador.

Los perfumes, las piedras preciosas y otros objetos de lujo, que les proporcionaba el Egipto y el Mediodía del Asia, los vendian con gran ventaja en Europa.

Las repúblicas de Venecia y de Génova eran ricas por este tráfico, y sus mercaderes rivalizaban en magnificencia con los príncipes.

Un camino más directo para las Indias podia amenguar su grandeza y enriquecer á Portugal.

Siendo del agrado del rey, porque al heredar la corona no olvidó sus proyectos, el estudio de la navegacion, grande fué el número de portugueses y de extranjeros que se consagraron á ayudarle en su empresa.

El rey fundó un colegio marítimo y un observatorio, per-

feccionó con ayuda de los sabios que le rodeaban los mapas, propagó el uso del compás, y los marinos pudieron navegar con más seguridad.

La marina portuguesa comenzó á distinguirse.

Dobló el cabo Bojador, penetró en la region de los trópicos, exploró gran parte de la costa de Africa, desde el cabo Blun hasta el cabo Verde, y llegó á los Azores, situadas á trescientas leguas del continente.

Enrique obtuvo del Papa una bula por la que se concedia á la corona de Portugal una autoridad soberana sobre todas las tierras que descubriese en el Atlántico hasta la India, con indulgencia plenaria para todos los que muriesen en aquellas expediciones.

Al mismo tiempo amenazaba la Iglesia con severos castigos á los que pusiesen obstáculos á estas conquistas.

El duque de Braganza, íntimamente ligado con el rey don Enrique, no solamente por el parentesco, sino por las afecciones, fué uno de sus más poderosos auxiliares, y don Alvaro hermano mayor del duque, desde muy niño dió á conocer que las cualidades que le adornaban llegarían á ser un poderoso elemento para la realizacion de los planes del rey su hermano.

Colón no podia haber merecido un favor más grande de la suerte que el haber conocido á don Alvaro y el de haberle salvado la vida.

Desgraciadamente por entónces habia muerto don Enrique, y entró á sucederle don Juan II, ménos dado que su antecesor á aquellos nobles y generosos deseos de conquistar nuevos territorios para Portugal.

Cuando llegó Colón, hasta algunos años despues no realizó Vasco de Gama el deseo de don Enrique, doblando el cabo de Buena Esperanza, y abriendo á lo largo de la costa meridional del Asia un camino hácia las opulentas regiones del Oriente.

Sin embargo, ántes de morir tuvo la satisfaccion de que Portugal, una nacion pequeña, insignificante por efecto de sus descubrimientos se elevase á tal altura entre las demas naciones de Europa.

La subida al poder de don Juan II fué causa de una série no interrumpida de desgracias para la familia de don Alvaro, que habia disfrutado el favor del rey don Enrique.

Allí empezó la desventura de Colon, puesto que estimándole verdaderamente y hallándose resuelto á protegerle don Alvaro, que le debia la vida, tuvo que abandonarle y huir de Lisboa, lo mismo que su hermano, para libertarse de los lazos que el odio del monarca tendia á toda su familia.

Colon vió desaparecer de su lado aquella esperanza, aquella seguridad de su bien, y el resto, de su historia en aquella capital ya la conocen nuestros lectores, porque se la han oido contar al mismo prior de la Rábida.

Apaciguáronse al parecer las persecuciones contra la familia de don Alvaro de Portugal, y ambos hermanos llegaron á Lisboa cuando Colon, desesperado, habia partido para España y se encontraba en Córdoba, luchando entre sus desventuras y la felicidad que le proporcionaba el amor de Beatriz.

Súpose la noticia de la vuelta á la corte del duque de Braganza y su hermano, y Colon, que no habia olvidado la amistad que le profesaba el último, le escribió desde Córdoba, aprovechando la ocasion de un fraile franciscano que pasaba á Portugal, para que le llevase su carta y para que le viese en su nombre.

La historia no lo dice, porque hay cosas que las olvida para no manchar sus páginas.

Pero la tradicion secreta cuenta que una noche penetraron en el palacio del duque de Braganza unos hombres enmascarados, y apoderándose de él, le cosieron á puñaladas.

Acto continuo buscaron á don Alvaro para que sufriera la misma suerte, pero no le encontraron.

No habia llegado aún á su morada.

Cuando llegó y supo el horrible asesinato de que acababa de ser víctima su hermano, cuando comprendió que aquel crimen era la satisfaccion de una venganza que podria alcanzarle á él:

—Tengo el deber de vengar esa ofensa, se dijo; necesito vivir y ser grande para luchar de igual á igual con mis perseguidores.

Y alejándose de su palacio, pasó oculto algunos dias en la humilde morada de sus antiguos servidores, se embarcó en una galera veneciana, y escribió á los Reyes Católicos contándoles sus desventuras.

Llamado por ellos, no tardó en anunciarse en Córdoba la próxima llegada de don Alvaro.

Cuando Colon lo supo fué inmensa su alegría

No habia duda; aquel hombre de corazon, que no habia olvidado su amistad, que conocia sus proyectos, que tanta influencia iba á tener en la corte de España, podia ser un protector más, una influencia que decidiese á los reyes á realizar sus sueños de todo la vida.

Cuando llegó don Alvaro de Portugal habia partido la reina.

Durante las breves horas que se detuvo en la ciudad vió á Colon.

Los dos antiguos amigos hablaron.

¿Le confiaria toda su historia el pobre genovés?

¡Quién lo sabe!

Lo único que puede asegurarse es que don Alvaro tomó con gran empeño á su cargo la proteccion de su antiguo amigo, y que uno de los principales objetos que llevaba al dirigirse al campamento de los Reyes Católicos, era influir en su ánimo para que, desistiendo de aguardar la celebracion del

consejo, envasen á Colon á conquistar para España nuevos territorios que añadir á los que ya alcanzaban las huestes españolas sobre los abatidos moros.

¿Qué consiguió?

Vamos á verlo.

CAPITULO XXXI.

Un asesino.



En los momentos en que llegó don Alvaro al campamento, los moros de otras ciudades próximas á Málaga, comprendiendo la importancia de esta ciudad, intentaban recobrarla, y como dice muy bien un célebre historiador, si no lo consiguieron, fué debido, tanto á la oposicion de los cristianos, como á la traicion de los suyos y á sus miserables contiendas intestinas.

Un cuerpo de caballería que el Zagal habia enviado desde Guadix en socorro de la ciudad sitiada, y deshecho por fuerzas superiores que capitaneaba el rey Abdallah, fué tal su bajéza, que envió una embajada al campo de los cristianos con caballos espléndidamente enjaezados para el rey, y preciosas telas de seda y perfumes orientales para la reina, pensando que de aquel modo se congratularia con ellos y continuaria disfrutando de su benevolencia.

La llegada de don Alvaro coincidió con la de los portadores de aquellos presentes.

Rehecha la partida que habia derrotado Abdallah, volvió poco despues más reforzada, con ánimo resuelto de facilitarse el camino hasta Málaga por medio de los mismos cristianos.

Algunos de ellos, los más valerosos, lograron penetrar en la ciudad sitiada.